

voz sola las ideas mas sublimes, grandiosas y sagradas; ella no tiene significado ninguno, sino escita en nosotros los afectos mas ardientes y el respeto mas profundo. Cuando esta hermosa palabra no se halla acompañada del sentimiento intuitivo, ella no espresa nada, es indeterminada y vaga. La palabra Dios debe recordar la Causa suprema de todas las cosas; la infinitud, la omnisciencia, la omnipotencia, la providencia, la bondad y los demas sublimes atributos de la suprema Causa, y la unidad absoluta de la cual no puede razonarse sino abstractamente sobre esos mismos atributos que le son inherentes, y que se demuestran en las leyes admirables de la razon y la creacion por la simplicidad estrema de los medios y la variedad infinita de los resultados.

La palabra Dios no escita los propios pensamientos en todos los hombres, pero todos pueden sentirla igualmente. El sabio y el ignorante, el ingenioso y el estúpido no saben comprender de la misma manera los atributos de la Divinidad, ni conocer del mismo modo las maravillas de la creacion del universo pasado, del que nos rodea, y el progreso de el del porvenir. Pero tampoco puede haber hombre que comprenda dignamente la palabra Dios, pues para eso seria necesario ser asimismo una divinidad. Mas no es la ciencia absoluta la que Dios exige de nosotros, sino el amor, el sentimiento sagrado, y éste puede estar al alcance del grande y del abyecto, del dichoso y del infortunado, del rico y del miserable, del bello y del deforme, del filósofo y del salvaje, y aun parece que cuanto mas afligido, cuanto mas oprimido, cuanto mas aislado se encuentra el hombre, tanta mayor capacidad tiene para el amor sagrado, para ese sentimiento admirable que no solo es el consuelo mas dulce en las desgracias, sino que constituye por sí mismo la felicidad. Por él se entrega el mártir á los tormentos, el cobarde se siente armado de valor, el enfermo tolera sus dolencias, el oprimido soporta los grillos, el desgraciado recobra la esperanza, el fuerte redobra su energía, el virtuoso se afirma en la virtud, el vacilante se abstiene del crimen, el criminal retrocede de la carrera del vicio, y por último, el moribundo ve tranquilamente apagarse la llama de su vida material y extinguirse las fuerzas de su cuerpo deleznable para dar en el último aliento libertad al espíritu inmortal que le anima.

Así es como la palabra Dios no puede ser entendida, pero sí sentida en el alma; para comprenderla no tenemos inteligencia sino afecto. ¿Ni cómo podria existir una inteligencia suficiente á comprender á Dios? Si miramos la belleza y magnificencia de nuestro planeta, sus hermosos campos, sus mares anchurosos, sus colorados montañas, su riente ó terrible naturaleza, sus escenas de plácido contento ó de terror sublime, se anonada la inteligencia que sabe que este enorme globo de la tierra no es sino uno de los planetas mas pequeños que circulan en torno del sol. Si admiramos la belleza de este astro, su maravillosa luz, su poder calorifero, su influencia sorprendente en los fenómenos de la vida, su agencia poderosa para dirigir los planetas que consigo conduce en la enorme elipse de la órbita que describe, nos abismamos al saber que ese astro magestuoso solo nos parece grande por su cercanía y por la comparacion que hacemos de él con el pequeño globo que habitamos, pero sabemos que ese mismo esplendente sol no es sino una pequeña estrella, y casi un grano de arena comparado con otras muchas estrellas.

Si ponemos nuestra admiracion en éstas, si en una calma noche gozamos del bello espectáculo de nuestro plateado satélite la luna, rodeado de millones de puntos brillantes que festonan los cielos y que velan de tiempo en tiempo los transparentes y ambulantes vapores de la atmósfera, si nos fatigamos en vano por contar el número de estrellas que se presenta en un pequeño campo de la vista, ó en buscar su paralaxe para calcular su distancia, ó en fin, en imaginar el tiempo que debe haber tardado su luz para llegar de ellas á nosotros, nos vemos asimismo humillados

cuando el telescopio nos advierte que esa enorme cantidad de soles que nos descubre la noche no son sino una corta porcion de los que existen, que hay un mucho mayor número que no descubre la escasa fuerza de nuestra vista desnuda, y que sin embargo existen en ese universo prodigioso que se estiende en torno de nosotros. Si nos entusiasmos al aspecto portentoso de éste, á la contemplacion de su maravillosa armonía, á la idea de los movimientos combinados con que giran en él los millones de astros, de planetas y de cometas que le pueblan, á la enormidad de sus dimensiones para cuyo cálculo la órbita de la tierra se anonada, y aun la velocidad de la luz viene á ser insuficiente. Si nos pasma la prodigiosa multitud de soles que encierra este gigantesco universo, y que cada sol tiene su variado sistema planetario, y todos con esa infinita profusion de seres que hace aun de una sola gota de agua un mundo de criaturas vivientes. Si queremos, en fin, exaltar nuestra inteligencia con la contemplacion de ese universo, por grande y portentoso que sea, nos confundimos al contemplar que solamente es un punto armonioso comparado con la infinitud, y que ésta se halla en esa suprema Causa, cuya perfeccion, cuya bondad y cuyo afecto sagrado debe hacernos sentir en una indecible fruicion la sublime palabra: Dios.

Pero si ésta idea anonada nuestra inteligencia, eleva y engrandece en la misma proporcion el sentimiento sagrado de nuestra alma. Por este instinto moral nuestro espíritu siente que emana de Dios, de ese Espíritu perfecto y poderoso al infinito, de esa Causa suprema de todas las cosas, á quien nos reunirá la inmortalidad y la virtud. Por el sentimiento sagrado conocemos que la ley primera de nuestra alma es amar á esa Divinidad de cuyo paternal amor nos asegura su perfeccion misma.

La palabra consoladora, Dios, es sinónimo de padre y de providencia, y con estas dulces voces se comprenden los atributos de su Sér, de ese Sér tolerante y bueno, que recibe el amor en las adoraciones sinceras, y virtudes providenciales que le tributan el filósofo y el ignorante, el próspero y el mísero, y envía sus paternos dones igualmente sobre todos, y compadecido de la ignorancia y del error, acelera la época de la civilizacion humana, y hace brotar de humildes elementos destellos de luz que acerquen al hombre al conocimiento de su alto destino y de sus admirables cualidades. Así es que cuando el hombre contempla que este hermoso destino es ser el representante de esa Providencia suprema en la tierra, cuando conoce que no solo es susceptible de perfeccion, sino que lejos de ser un sér maldito tiene en sí todos los elementos de poder y de gloria que le garantizan el grandioso título de hijo de Dios, entonces alza su cabeza hácia los cielos que se abren á su esperanza, confía en esa Providencia que debe imitar, y se siente capaz de todos los esfuerzos morales que le hacen tan superior á la materia, eleva su sér emancipado á la contemplacion del infinito y se reconoce por el heredero de este planeta, que bajo su imperio divinizado se convertirá en un vergel, donde en medio de la felicidad, se adorará pura y dignamente á la Causa suprema, espresada con la portentosa palabra: Dios.

PROPOSICION 22.

La libertad de Dios es absoluta.

DEMOSTRACION.

¿Quién podria coartar la libertad del Sér omnipotente? ¿Quién seria capaz de imaginar siquiera alguna cosa ó alguna ley que fuese superior á Dios? El que pre-

tendiese ó promulgase tal absurdo, estaría enagenado de la razon y sería incapaz de raciocinar metafísicamente. . . . Porque de facto, si no puede haber dos Causas supremas, y si la única existente es necesariamente perfecta, y por lo tanto, poseedora de todos los atributos ó perfecciones posibles, ¿cómo sin absurdo podríamos suponer á Dios esclavo de ninguna causa ó ley? Porque en verdad, Dios no puede estar sujeto ni aun á una ley dictada por sí mismo, porque con la misma voluntad con que la hubiese dictado, podría revocarla, y como en su prevision y sabiduría divina no puede haber tampoco ley alguna digna de revocarse, ¿qué deberemos concluir acerca de las leyes que obedece el universo? Que ellas son buenas y agradables á Dios, y que éste por la absoluta libertad de su Sér, las sostiene con su voluntad omnipotente, y he aquí por qué cada instante de la existencia del universo es una verdadera creacion, porque es una ratificacion que la voluntad de Dios verifica de sus leyes, pues siendo el universo fenomenal y resultado de las combinaciones y evoluciones de la fuerza, luego que Dios dejase de quererla, el universo quedaría instantáneamente anonadado.

He aquí, pues, cómo la proposicion que nos ocupa es evidente; mas ella por sí misma produce multitud de principios igualmente axiomáticos, ó que no se pueden contradecir sin absurdo.

COROLARIOS.

Los que brotan de la anterior proposicion son de una variedad prodigiosa, pues parece que de facto, aunque la libertad absoluta es un atributo de Dios, con ella se pueden identificar todos sus demas atributos causales y esenciales, y por lo tanto, *la libertad absoluta es solo una definicion ó un sinónimo de la suprema y perfecta Causa.*

Pero para conducir esta obra mas adecuadamente, espondré las siguientes conclusiones como corolarios indispensables.

- 1^o La libertad de Dios se identifica con su sér, voluntad y perfeccion absoluta.
- 2^o La libertad de Dios es sinónimo de su omnipotencia.
- 3^o La libertad de Dios no puede ser coartada por ninguno de sus propios atributos.
- 4^o La libertad de Dios no puede ser limitada ni aun por su prevision del futuro, considerada como necesaria ó absoluta en sí misma.
- 5^o Dios puede preveer ó no preveer el futuro, segun su voluntad.
- 6^o Dios puede dejar de preveer aquellas acciones futuras de sus criaturas, que convengan á su libertad y gloria.
- 7^o De la libertad de Dios se deriva la de las criaturas que en el supremo plan de la creacion deberian gozar y gozan de libertad.
- 8^o Dios puede preveer si gusta aquellas acciones de sus criaturas, cuando sea conveniente para dispensarles su favor, y cuando para ello sea fervorosa, justa y dignamente impetrado.
- 9^o Dios puede hacer milagros.
- 10^o Dios puede detener, prolongar ó acelerar las evoluciones del universo hácia sus fines, su estabilidad y su perfeccion.
- 11^o El libre albedrío humano tiene su origen en la libertad divina.
- 12^o El libre albedrío humano tiene sus límites bajo la libertad divina.

Las anteriores conclusiones son de aquellas que no pueden sin absurdo negarse, no solo por estar deducidas lógicamente del primer axioma causal, sino tambien porque cualquiera contradiccion á su evidencia, destruiría la armonia necesaria entre las cualidades de la Perfeccion absoluta, las que como se ha dicho, deben

ser asimismo todas las perfecciones posibles. Una causa primera y absoluta, sin libertad asimismo absoluta, dejaría de ser causa y pasaría á ser un efecto de la causa que la restringiese.

PROPOSICION 23.

Dios es omnisciente.

DEMOSTRACION.

Aun cuando la ciencia absoluta ú omniscencia no estuviere necesariamente incluida entre los atributos de Dios como sér perfecto, bastaría para convencernos de ella el reflexionar: que pues El dispuso sus obras prodigiosas, las sostiene en su actual progreso y las dirige hácia la perfeccion, con origen, medios y fines igualmente perfectos, y por consecuencia, Dios es omnisciente en la eternidad.

En fin: la omniscencia de Dios es absoluta, porque conoce no solo todos los seres criados y por criar, sino tambien su propia é increada naturaleza, y por esto su omniscencia se identifica con su gloria.

DIGRESION.

El hombre necesita hacer un gran esfuerzo metafísico, no para conocer la omniscencia divina, porque esto es imposible, sino simplemente para saber distinguir la omniscencia ó inteligencia esencial de Dios de la inteligencia ó ciencia derivada, propia del hombre.

Este todo lo percibe por medio de sus sentidos, y aun la misma intuicion de su alma no sería sino un sentimiento indeterminado si no existiese en el hombre el conocimiento sensual de los objetos que le rodean. Pero los objetos vienen á ser asimismo indeterminados ó como simples sensaciones del momento sin la intuicion del alma que les da su importancia científica.

Y de facto, el conocimiento del universo, por las relaciones fenomenales de éste con el sér que las percibe, es el sensitismo material del bruto, pero la apreciacion intuitiva de las cualidades de la perfeccion, es el sentimiento peculiar del alma humana y la causa verdadera de su ciencia, porque le hace distinguir é indagar en el origen los medios y los fines del conjunto de sus ideas, ya sean perceptibles é identificables con los objetos físicos que las han impreso en su cerebro, ó ya sean metafísicas ó pertenecientes á un órden superior, y que solo siente el alma como en una verdadera fruicion.

La omniscencia de Dios se identifica con su gloria, y la verdadera ciencia del hombre debe ser productora de su felicidad.

Si el hombre fuese solo espíritu, le bastaría el intuitismo y sería feliz instrumento por la propia é imperturbable fruicion de su sér; pero como al mismo tiempo es material, tiene que sujetarse á las leyes que obedece la materia en sus evoluciones efímeras, y por estos dos principios de su sér, eleva en su entendimiento conocimientos derivados, que unidos á su sentimiento intuitivo luchan en su mente como el conflicto de fuerzas antagonistas; y como por un efecto del libre albedrío del alma, capaz de apoyarse en su intuitismo ó desecharlo, puede no ver las relaciones de medios y fines providenciales, é imaginarse un caos artificial de bien y de mal, cuando la verdadera ciencia es solo la del bien.

He aquí, pues, cómo la ciencia del hombre como derivada es susceptible de error y de mal por sus relaciones con la materia, á pesar del gérmen intuitivo de verdad y de bien que existe en su alma.

Sin embargo, este equilibrio, esta necesaria coherencia entre las facultades espirituales y las corporales del hombre, son necesarios en su efímera vida mortal; son el germen del mérito de su alma, y el estímulo que le conduce hácia las virtudes providenciales; pero su ciencia es por lo mismo falible é incompleta, aunque perceptible.

Nada de esto existe en la omnisciencia divina; ella está identificada con su propia esencia, y por lo tanto, no es derivada; ella no aprende nada de los fenómenos que ha previsto y originado; ella es perfecta, y por lo mismo, insusceptible de perfeccionamiento. En fin, la omnisciencia divina es absoluta é inherente; la ciencia humana es limitadísima y derivada. He aquí lo que esta segunda puede comprender de la primera, mas solamente para adorarla; y esto es lo que constituye la mas preciosa de las facultades de la razon.

Sin embargo, limitada é imperfecta cual es la ciencia humana, ésta eleva al hombre sobre todos los demas seres del planeta, y le hace comprender el destino que Dios le ha encomendado en la vida mortal para hacerse digno de la inmortal ó imperecedera. La ciencia, como adquirida por el hombre, no solo con las percepciones de sus sentidos, sino tambien con el intuitismo de su alma, le avisa de la semejanza de su espíritu con el Espíritu divino, y le hace reconocer en todas sus investigaciones metafísicas, ese sentimiento de intuicion que le advierte de su procedencia y de su superioridad sobre la materia que le rodea, y de la cual se compone aun la parte corpórea de su sér.

Así es que la ciencia no puede dar un paso en los conocimientos, sin sentir intuitivamente la semejanza del alma humana con aquellos atributos que la idea de la perfeccion le hace encontrar necesariamente en la Naturaleza divina.

PROPOSICION 24.

Dios es la Providencia eterna.

DEMOSTRACION.

Demostrado como se halla, el que todas las cosas deben su origen y conservacion á la Causa suprema, es evidente, por consecuencia, el que esas mismas leyes tan armoniosas del universo la deben su origen y conservacion; y ella es así la Providencia divina que provee al bien y á la felicidad de todas sus criaturas.

DIGRESION.

Un sentimiento profundamente intuitivo nos avisa el que Dios es la Providencia eterna; pero nos queda aún por investigar, si la misma Causa suprema rige inmediatamente todos los fenómenos del universo, ó si habiendo establecido leyes fundamentales, éstas con sus evoluciones naturales conducen el progreso del universo mismo hácia aquel grado de perfeccion á que lo destina la Providencia con su accion continua y benevolente.

Examinando los sentimientos de la humanidad entera y la historia de sus generaciones, observamos que el sentimiento intuitivo mas universal, es el dogma de la Providencia. Ella debe haber sido la primera idea filosófica que se despertase en la humana mente, y la que ha hecho brotar esa multitud de libros llenos de ternura, de poesía y de amor por ese Sér soberano que con una paternal solicitud cuida de todas sus criaturas y les da esos instintos salvadores, por los cuales las dirige á obtener lo que les conviene, y evitar lo que les daña. La Providencia no solo apa-

rece así como el sér protector que conserva sus hechuras, sino tambien como el Padre universal que preside á la conservacion de todas sus leyes, y que provee á los elementos necesarios para la existencia de los seres.

Pero el hombre exigente no se detiene en agradecer á la Providencia lo que ésta le concede y en reconocer lo que concede á todas las criaturas, sino que la inculpa de lo que le falta ó supone que le hace falta, y hé aquí por qué la razon debe fijar los límites de las pretensiones humanas y emitir nociones exactas sobre la Providencia.

La idea de que la suprema Causa no solo es criadora sino gobernadora del universo, es exacta en sí misma, y el negarla seria absurdo, porque se ha demostrado que es absurda la idea de dos causas coetáneas; y consecuentemente, las causas segundas deben su origen y su existencia á la primera y suprema Causa. Así, pues, á ésta se deben todas las leyes que actúan el universo y conducen el progreso de la creacion.

La caída de un grave sobre el planeta, no es sino continuacion ó variedad de la gravitacion universal, una de las leyes mas simples y generales, y así se puede continuar la ilacion ó progreso de los fenómenos y sus causas hasta encontrar la de los instintos tan marcados de los seres organizados, y aun los del hombre en su parte sensitiva y reflectiva; porque su espíritu humano no tiene leyes positivas, sino libre albedrío.

Así, cuando vemos sucederse las estaciones con su propia regularidad, bendecimos la Providencia, pero el fenómeno se debe inmediatamente á la inclinacion del eje de la tierra que presenta alternativamente en el curso de su revolucion anual, los dos trópicos terrestres á la accion perpendicular del sol, y cuando por la lluvia se fecundan las simientes depositadas en la tierra, se verifican fenómenos mas complicados, pero no menos naturales. Así la lozanía de una planta en un terreno húmedo y fértil, es análoga á la alegría del cerbatillo, que retoza por las selvas despues de satisfecho con la leche materna. Del mismo modo son análogas la mansedumbre con que el leon depone su ferocidad por buscar á la leona, y el anhelo con que ésta cuida y alimenta su prole.

En todos los fenómenos naturales se palpa esa série de leyes que los actúan, y no se encuentra particular dificultad para comprender que las leyes originales de la creacion son suficientes para conducir el progreso de ésta, sirviendo su maravilloso conjunto para realzar la omnisciencia divina. ¡Cuán grande, cuán magnífico es el espectáculo de todo el universo progresando en su propio desarrollo con el orden y eficacia que le marcó la Causa suprema, y que promovió con leyes tan sencillas y simples cuanto infalibles! Así es como aparece la suprema Causa con todo el esplendor de su gloria. Ella no se representa á la razon como un obrero fatigado con un trabajo incesante; ella no se muestra como el antiguo Saturno, criando y devorando sus propios hijos; ella, en fin, no se abate á detalles inferiores á la omnipotencia. ¡Criar un elemento simplemente, darle una sola ley, imprimirle un solo movimiento, y obtener por resultados todos los de su maravillosa prevision; hé aquí lo mas sublime que el espíritu humano puede concebir acerca de la suprema Causa!

Si, en verdad, esos resultados son aun mas grandes y mas sublimes que el universo que se presenta ante nuestros sentidos; pues los resultados absolutos previstos por la suprema Causa y proveídos con leyes positivas, están al alcance de su omnisciencia. Ellos no solo son el universo del pasado, el progreso del presente y su futura perfeccion, sino que tambien abrazan ese universo intelectual de las ideas, y sirven á la gloria de la Providencia eterna y á la profunda admiracion de los seres inteligentes y providenciales.

Pero si bien estas consideraciones elevan al espíritu humano, viene, sin embargo, á fijarse una especie de discusion en el espíritu mismo que siente por intuición la existencia suprema de la Providencia. ¿Este sentimiento que nos hace confiar en un sér omnipotente que nos protege, que nos ama, y que recibe benévolo nuestras súplicas, sería solo una ilusión? ¿Esas leyes eficaces y poderosas de la naturaleza, son insensibles á nuestros ruegos, á nuestros males, á nuestras plegarias y dolores? ¿La infalibilidad de la muerte es la infalibilidad del dolor, y el abandono físico y moral? ¿Esa Causa suprema ha querido elevemos hasta ella nuestra mente para dejarnos formar una ilusión inútil de la Providencia?

¡Oh, no! La Providencia es absoluta; ella constituye la verdad mas evidente, que produce en nuestra alma la intuición. Jamas nuestro espíritu ejerce una facultad mas preciosa que cuando se eleva hácia la Providencia, confía en ella y se tranquiliza con la infalibilidad de su eficacia. ¡Y sin embargo, la intuición que nos eleva al dogma precioso de la Providencia, nos hace ver, que para producir ésta todos sus beneficios, son bastantes las leyes con las cuales los ha proveído. La intuición nos hace elevar nuestras humildes plegarias á la Providencia eterna, y la propia intuición nos manifiesta que nuestros ruegos deben reducirse á los límites de esas leyes, porque sería irreverente dirigir al Sér supremo ruegos que envolvesen el trastorno de sus eternas leyes.

En verdad, ellas bastan para todos los casos físicos y morales, y ellas, que nos conducen á la mas profunda admiración de su origen omnipotente y providencial, ejecutan sus designios con una precisión maravillosa. Pero como esas leyes subsisten porque subsiste la Providencia, ésta es verdaderamente la que beneficia á sus criaturas, conservando sus leyes.

Al elevar nuestra alma á la contemplación dulce y sagrada de la Providencia, comenzamos á dirigirnos, por la razón verdaderamente definida, hácia la suprema Causa, pues cuando queremos indagar en los atributos inherentes de ésta, tenemos que reducirnos al raciocinio intuitivo, y por consecuencia elevar las ideas fundamentales por los sentimientos individuales, susceptibles en cada hombre de mas ó menos perfección y estension. Así es que, en punto á esas ideas absolutas de la Divinidad, tenemos que indagar la verdad por el intuitismo general de la humanidad toda, y calificar como verdades demostradas aquellas que con mas generalidad sienten los hombres. Pero cuando dirigimos nuestro pensamiento hácia la Providencia, sentimos á un mismo tiempo el afecto intuitivo que nos hace reverenciarla; y la comparación reflectiva de todos los fenómenos físicos que con la elocuencia intrínseca de los hechos atestiguados por todos nuestros sentidos, nos convence con las demostraciones del pensamiento de la evidencia de nuestros sentimientos intuitivos y de la existencia inefable de la Providencia. Hé aquí la razón por excelencia, y el punto en que se ligan las meditaciones puramente metafísicas en la contemplación de la suprema Causa, actuando directamente sobre los fenómenos físicos.

PROPOSICION 25.

Dios ha criado la naturaleza como á sér providencial para que secunde sus planes admirables.

DEMOSTRACION.

Las leyes supremas están identificadas con los séres que actúan, porque siendo todos ellos fenomenales, solo podemos distinguir la ley por su constancia y precisión

en producir los mismos fenómenos. De este modo se distinguen las leyes generales y las particulares en el universo.

De facto; investigándose en la coherencia prodigiosa de los detalles de estas leyes, se reconoce que ellas emanan de otras mas simples y generales, así como éstas de otras aun mas universales; y de este modo se puede continuar la investigación hasta descubrir la eficacia y simplicidad maravillosa de la ley fundamental, la que ramificándose de mas en mas llega á producir el conjunto de fenómenos á que llamamos universo, así como al considerarlo como un conjunto de leyes, lo denominamos naturaleza.

Así, pues, la naturaleza es un sér providencial, que sujeta á las leyes fundamentales dictadas por Dios y que la constituyen, continúa como ejecutoria inteligente los fenómenos de la creación.

DIGRESION.

De este modo no se estraña la multitud de cambios que hay en las obras de la naturaleza, como si fuesen ensayos dirigidos á buscar la perfección de sus productos, ó como si éstos fuesen solo preparatorios para el logro de otros mas perfeccionados. Tampoco se estraña el que el hombre, como sér superior á la naturaleza, encuentre defectos en las obras de ésta, y que la idea del mal le estimule á buscar el bien, así como la sensación del dolor le escita á reintegrar la salud.

Si, en verdad: la naturaleza es un sér providencial, y por eso sus obras son prodigiosas, pero no perfectas como las obras directamente producidas por la Causa suprema.

PROPOSICION 26.

Dios ha criado en la tierra al hombre como á sér providencial, destinado á perfeccionar las obras de la naturaleza en este planeta.

DEMOSTRACION.

El hombre se siente en sí mismo un sér superior, y percibe la existencia del bien y del mal. ¿Podrá decirse por esto que el mal existe y que el hombre conoce y corrige lo que la Divinidad no ha conocido ni corregido? No, ciertamente.

El hombre es una providencia derivada de la eterna, y de esta verdad debe convencerle el conocimiento del mal. Este no existe sino en los medios caducos de la naturaleza, y para esto Dios los pone ante la penetrante inteligencia del hombre, para que éste los elimine y conduzca al progreso de la creación; y he aquí como el hombre es también una providencia derivada de la eterna.

DIGRESION.

Para que el hombre tuviese el sublime carácter de providencia, debía ser semejante á Dios, es decir, poseer un espíritu inmortal, dotado de inteligencia y libertad; y he aquí el alma humana, sobre la cual trataré psicológicamente en su lugar oportuno, emitiendo ahora algunas nociones indispensables para la continuación metódica de esta obra.

PROPOSICION 27.

El hombre, para ser una providencia á semejanza de la divina, debe estar dotado de libertad; y esta cualidad suya es el libre albedrío de su alma.

DEMOSTRACION.

Si las acciones humanas fuesen el resultado de leyes divinas, no sería el hombre libre, y por lo tanto, tampoco un sér providencial, pues no podría separar sus acciones ni un punto de aquella secuela que le marcarse la ley. Tampoco tendría la idea fundamental y moral del bien y del mal, como puede percibir la su sér superior inspirado por Dios para procurar aquel y eliminar éste.

Así, pues, el hombre no solo siente en sí mismo, sino que comprueba por el sentimiento universal de la humanidad, que él es un sér libre y que puede ejercer una grande influencia en la promoción del bien y la cesacion del mal, segun el giro virtuoso que dé á su libre albedrío.

PROPOSICION 28.

La libertad divina es el fundamento del libre albedrío humano.

DEMOSTRACION.

El hombre, como criado por Dios, debe á éste todas sus facultades físicas y morales, como corrector de la naturaleza; por consecuencia, cualquier imperio que el hombre ejerza sobre cualesquiera de esas facultades ó sobre la naturaleza, es debido al poder que el Criador le ha prestado para influir en sí mismo y en los seres que le rodean, y por consecuencia el libre albedrío del hombre es derivado del libre y omnipotente poder de la Divinidad.

DIGRESION.

Enores sobre la libertad
Todo

Nada hay tan evidente en el hombre como la libertad de su alma. El hombre físico puede ser aprisionado, ahorrado y aun lentamente consumido en el martirio; pero su alma no puede ser subyugada: ella puede pensar y decidir independientemente de toda coercion; ella puede bendecir ó maldecir á los verdugos de su cuerpo; ella puede despreciar las dolencias de éste ó negarle los placeres, y por último, ella puede resolver deliberadamente de su eterno destino. Hé aquí el libre albedrío. Pero está restringido física y moralmente: lo está físicamente, porque el hombre no puede trastornar las leyes generales de la naturaleza; y lo está moralmente, porque no puede desechar de un modo absoluto su propio intuitismo.

Es necesario no equivocar el libre albedrío del alma humana con su libertad física de moverse y sus facultades reflectivas para decidir sus movimientos y acciones físicas en el órden de las leyes comunes de la organizacion animal, porque bajo este sentido todos los animales gozan del grado de libertad que les está concedido en su propia organizacion, y por el armonismo, sensitismo y reflectismo de que disfrutan, principalmente los animales superiores, conducen esa libertad hácia su conservacion, reproduccion y bienestar, lo que constituye su instinto.

Mas el libre albedrío del hombre es superior al instinto, y puede obrar sobre su propio individuo contra su conservacion, reproduccion y bienestar: en fin, puede resolver en el terrible juicio de su alma la sentencia de su propia muerte á despecho del grito intuitivo de su misma conciencia. Hé aquí por qué el hombre puede sofocar sus instintos y desechar su intuitismo; luego su libertad sobre sí mismo es absoluta.

Esta libertad confunde al panteista, porque si las trasformaciones del sér comur fuesen ciertas, éste no podría dejar de obrar por leyes instintivas, y jamas se convertiría en un sér superior á esas leyes y capaz de obrar contra los instintos comunes del organismo.

Así, pues, el libre albedrío es determinado por la Causa suprema, para realzar miras grandiosas y para dotar al hombre de una facultad proporcionada al alto destino de providencia derivada, ó representante de la Providencia eterna, á que le ha elevado sobre el planeta.

Para esto Dios ha dejado de preveer las acciones humanas, porque si las hubiese previsto, todas ellas serian perfectas, pero el hombre no sería libre ni tendría el carácter de providencia á semejanza de la divina; luego es necesaria su libertad.

Estas conclusiones resuelven de una manera inconcusa uno de los mayores problemas metafísicos que el hombre puede proponerse, v. g.: ¿Tiene Dios participio en los crímenes humanos, ó bien es Dios el que dirige sus buenas acciones? Una invencible repugnancia intuitiva rechaza la resolucíon afirmativa de este problema, pero su resolucíon negativa flaquea y se hace arbitraria si asentásemos que Dios prevee todas las acciones humanas, pues como Dios no puede obrar con unos atributos con esclusíon de otros, en El, preveer es criar, ordenar, regir; luego si Dios previese nuestras acciones éstas se verificarían infaliblemente, y las buenas no serían dignas de premio ni las malas de castigo, lo que destruiría inmediatamente toda idea moral fundada en el libre albedrío humano.

Para que Dios obre en todos sus actos como Causa única, es decir, como la unidad absoluta ó esencia causal, es indispensable que cada instante de la existencia del universo sea una verdadera creacion, y la consecuencia de las leyes positivas sancionadas y conservadas constantemente por la voluntad divina; luego en todos los actos en que el hombre obra con su libre albedrío deja de estar sujeto á ellas, y entonces es claro que el libre albedrío está sostenido asimismo por los atributos de Dios, incluso el atributo de su prevision suprema. Luego lo que Dios ha querido preveer es la libertad del hombre en las acciones que éste ejecuta, y no las acciones mismas; lo que manifiesta cómo Dios es omnipotente á pesar de que el hombre goza para el bien y para el mal de la libre eleccion de su alma, y también cómo Dios prevee esa libertad y le da su continua sancion; por lo que ni es el autor del bien ni del mal ejecutados por el hombre, único medio que podia haber justo para que el hombre fuese digno de premio y de castigo.

Siendo la prevision inherente en la Causa suprema, solo es una distinta manera de espresar su omnipotencia y sus demas atributos. Así, pues, difiere de la prevision del hombre, porque éste puede preveer sucesos que, á su pesar é inevitablemente se verifican. De este modo la prevision divina y la humana se diferencian tanto, cuanto lo infinito y lo limitado, lo perfecto y lo imperfecto, lo absoluto y lo relativo.

Una vez sentado esto, fácilmente se demuestra que la Causa suprema puede preveer si quiere, todas las acciones de los seres vivientes; pero éstos entonces carecerían de libertad, y sus acciones serían necesarias y el resultado de leyes tan indefectibles, como la caída de los graves. Así, pues, como la prevision de la Causa suprema está identificada con su voluntad omnipotente, esa misma prevision es la suprema ley; porque si fuese dable que la Causa suprema previese sucesos contrarios á su voluntad, sería preciso convenir en que habria acaecimientos que á su pesar se verificarían, lo que es absurdo.

De facto: esta clase de acaecimientos resultarían ó por decisiones de la misma Causa suprema, ó de otra causa igualmente poderosa que ella. Si lo primero, habria contradiccion en sus resoluciones; y si lo segundo, implicaría la existencia de dos causas supremas, y en ambos términos de esta disyuntiva, se palpa la imposibilidad y el absurdo.

Asimismo es absurdo el pensar que la Causa suprema decretase el libre albedrío de los seres dotados de libertad, y que al mismo tiempo decretase todas y cada una

de sus acciones, porque ambas cosas á la vez son contradictorias, y como en la Causa suprema el preveer es decretar, ejecutar, realizar, no puede preveer la libertad de un sér y al mismo tiempo destruirla, previendo las acciones de ese sér, ó sea el uso de esa misma libertad, porque eso seria, repito, contradictorio y absurdo.

De este modo se palpa la inquestionable verdad de que la Causa suprema, al formar los séres libres, lo único que ha querido preveer en ellos, es su libertad de obrar, y por lo mismo ha esperado gloriosamente como remuneradora, el uso que hagan de su libre albedrío esos séres privilegiados.

En cuanto al hombre, como sér inteligente por excelencia, siente su cualidad de ser libre como la mas evidente de todas las que posee, y al mismo tiempo siente la intuicion y la conciencia que le avisan del buen uso que debe hacer de su libertad; pero sobre todo, se siente libre y susceptible de despreciar el premio y el castigo.

Cuando observamos la maravillosa coherencia de las leyes que actúan el universo y la infalibilidad de sus resultados, vemos inmediatamente que la Causa suprema ha establecido esas leyes absolutas y positivas, de las cuales ningun cuerpo, ningun sér material y ningun sistema se desvia. Pero cuando contemplamos al hombre, y examinamos nuestras propias facultades, conocemos que solo él sobre el planeta disfruta del libre albedrío de su espíritu, y que con ésto ejerce su imperio sobre los objetos que están bajo de su poder, y les imprime, asimismo, leyes en razon directa del grado de libertad que con respecto á ellos disfruta. Así el hombre, como susceptible de error, es susceptible necesariamente del mal; ¿podremos inculpar de éste á la Causa suprema que ha formado libre al hombre? ¿Podrá el mal argüir contra el libre albedrío de su alma, ó contra de la omnisciencia y la omnipotencia divina? No, ciertamente, y se evidencia esto examinando las leyes que determinan la libertad humana.

El hombre, abandonado á una libertad absoluta, sin tener asimismo una ciencia absoluta, conduciría el error á todas sus acciones y resoluciones, y el mal seria su constante resultado, á términos de que en la exageracion de sus pasiones trastornaría toda la naturaleza. Así, pues, la libertad humana está restringida: 1.º, por las leyes generales y naturales; y 2.º, por la intuicion que constituye el instinto de su alma.

Lo indicado basta para observar que la omnisciencia, ó sea la Causa suprema, ha impuesto á la libertad humana dos límites: uno material, y que consiste en las leyes naturales, por las que el hombre se encuentra sin poder para trastornarlas, y el otro espiritual, que consiste en la intuicion ó aviso moral de la conciencia, que no solo le indica el mal que debe evitar, sino que lo dirige al bien. Es relativo este último límite, porque el hombre individual puede desear y aun anonadar su propio intuitismo, y en eso consiste su libertad y su mérito en obsequiar la intuicion; pero este límite viene á ser absoluto para la humanidad toda, y de aquí emanan la justicia y el progreso de la sociedad, con lo cual la especie humana se dirige al bien y hácia la perfeccion adecuada á que la destina la Causa suprema.

Por lo espuesto se ve, que si la omnisciencia, ó lo que es lo mismo, la omnipotencia, hubiese querido preveer todos los detalles de las acciones humanas, habria dispuesto asimismo sus errores y males, y el hombre no seria responsable de ellos ni adquiriria mérito ninguno en el bien que obrase. En suma, el hombre no seria libre. Pero como es imposible el error en la Causa suprema, es evidente que ella ha querido preveer el bien en la gran escala de la humanidad, y así se ve la eficacia de la ley de progreso. Asimismo ha previsto el bien que resultará al individuo virtuoso, y este bien inmenso en sí mismo, debe hacer insignificantes los males que aquel haya tenido que arrostrar; por último, ha previsto la Causa suprema el mal que debe sobrevenir al perverso; pero no ha querido preveer que tales individuos

sean perversos, y cuáles otros sean virtuosos, porque esto es incompatible con la justicia divina y con la libertad humana.

Se ve tambien que en la misma intuicion, y por ella en el amor divino, halla el virtuoso el remedio infalible contra todos los males que no emanan de sus errores, y que en ese grande recurso del alma encuentra no solo el consuelo, sino el verdadero cambio del mal en bien. Por último, se observa que la intuicion corrige aun los males que emanan de nuestros errores por medio de la reparacion y el arrepentimiento.

“Haced lo que gustéis, pero es necesario que hagais lo que está previsto y ordenado,” seria una forma contradictoria en el Legislador divino, en quien la omnisciencia y la omnipotencia son la misma cosa. “Haced lo que gustéis, y esta libertad es la que en vos quiero y preveo,” es la única fórmula que hace efectiva la libertad. Por último, esta fórmula se completa, si se añade: “Para que en el uso de vuestra libertad tengais un apoyo hácia el bien, os doy la conciencia moral y la intuicion; mas ellas estarán graduadas de modo que auxilien vuestra libertad, pero que no la coarten.” He aquí fórmulas que tienen el carácter didáctico del hombre, pero que apenas pueden ministrarse una idea casi imperceptible del carácter infalible de las leyes supremas, en que la omnisciencia y la omnipotencia imprimen la ley en la realidad del sér mismo que la obedece, ó mejor dicho, en que ese mismo sér está identificado con la ley. Tal es la del libre albedrío, con el cual el hombre cumple con el objeto para que está criado.

Pero es tan universal la creencia de que la prevision de Dios es absoluta acerca de las acciones del hombre, y que sin embargo, ella no contraría la libertad humana, ni hace al mismo Dios autor ni cómplice del mal, que conozco muy bien la estrañeza que causará á primera vista mi opinion sobre este punto; mas estoy cierto de que cuando se reflexione bien, se convendrá conmigo.

Si Dios quisiera preveer todas las acciones de la humanidad, ellas vendrian á ser evidentemente necesarias, y se cumplirian á su debido tiempo. Preguntemos ahora: ¿podria Dios cambiar ó no semejantes sucesos? Esta cuestion solo puede tener por solucion uno de los dos términos del siguiente dilema: “O podria, ó no podria Dios cambiarlos.” Si lo primero, la prevision de los sucesos seria redundante, pues solo seria cierta la prevision del cambio; y si lo segundo, la causa de su impotencia seria superior á la omnipotencia divina. Así es que los dos términos del dilema son absurdos é imposibles.

Esta es la base del antiguo y repetido dilema del ateo Diágoras, en que á la presencia del mal y entre la disyuntiva absurda de hacer á Dios malvado ó impotente, preferia tambien absurdamente el concluir que Dios no existe.

Si la prevision de Dios acerca de todas las acciones humanas fuese efectiva, ella tendria la fuerza de ley, porque ¿quién podria luchar contra la prevision divina? ¿Y el hombre al nacer estaria ya predestinado al crimen ó al error? ¿Y este error ó crimen no seria una inculpacion necesaria contra aquel que pudiendo evitarlo no lo evitase, ó pudiendo revocarlo no lo revocase?

Por todos estos últimos raciocinios son solo hipotéticos para hacer palpable la verdad.

Esta no puede ocultarse á una rigurosa metafísica, porque ciertamente, si Dios previese todas las acciones humanas, como eminentemente perfecto, les impartiria á ellas la cualidad de la perfeccion, y serian perfectas asimismo; pero el hombre, repito, no seria ni un sér libre ni providencial, y por lo tanto ni susceptible de premio ó de castigo; ni tampoco fuera digno del amor divino por el solo esfuerzo de su propia virtud y amor. Luego Dios, al hacer al hombre libre, le ha dado los auxilios reflectivos é intuitivos necesarios para hacerlo digno por sí mismo, y ha esperado

impasible, pero afectuosamente, los efectos grandiosos y providenciales que á la larga resultarán necesariamente de la libertad colectiva de la humanidad. Esta es sin duda la prevision digna de la Divinidad, y la que hace del hombre una obra máxima y sublime.

Por otra parte, los que pretenden que la prevision de Dios acerca de las acciones humanas es necesaria y debida desde la eternidad, deben convenir en que el decreto del libre albedrío humano seria tambien desde la eternidad, y entonces ambas cosas estarian decretadas coetáneamente, y como contradictorias serian absurdas; pero no pudiendo haber nada contradictorio ni absurdo en las obras de Dios, es preciso convenir en que el absurdo está de parte de los que así raciocinan.

La imperfeccion de las diferentes teodiseas y de las mitologías antiguas, ha originado y conservado los errores metafísicos aun en los tiempos modernos. Se ha dicho que la prevision en Dios era una cualidad immanente de la Divinidad, es decir, que no puede ésta dejar de preveer por no haber para ella ni pasado ni futuro.

Esta doctrina indebidamente aplicada al libre albedrío de la humanidad, dió origen al fatalismo mas absurdo. Así los antiguos mitólogos griegos sentaban que la existencia de los dioses era posterior á la del ciego é inexorable destino.

De este modo es como para conservar cual dogma inflexible la prevision del futuro en los dioses, tenian que hacer á éstos, malvados y cómplices de los crímenes humanos, ó impotentes y sujetos ellos mismos al hado inmutable, sin advertir que solo criaban en éste una nueva entidad divina asimismo perversa ó impotente. ¡Una divinidad sin libertad para dejar de preveer el uso del libre albedrío, originando y destruyendo éste! ¡Oh, qué absurdo! ¡Así se figuraban un dios sujeto al destino ó á su propia inclinacion perversa!

¿Seré yo el que trate de vindicar á la Divinidad ante el criterio humano? Esto seria otro absurdo que mi fé repele, la que solo trata de salvar al espíritu de la blasfema idea de inculpar á Dios con los crímenes humanos, ó de suponerlo falto de libertad, y por consecuencia, de la esencia divina!

En conclusion: la libertad de Dios y á su semejanza la libertad del hombre, demuestran que en las acciones buenas y providenciales de éste, él es el digno de galardón y gloria, y que por sus acciones malas él solo merecerá el castigo. ¡De cuánto alivio es para un corazón recto esta conclusion de irresistible evidencia! ¡El alma conviene fácilmente en suponer imperfectas á las criaturas, pero un intuitivo victorioso le hace concebir como imposible la imperfeccion del Criador. . . . ¡Alabado seas, eterno y benevolente Dios, que lejos, infinitamente lejos del error, has provisto aun en el hombre mismo, el medio de conocer la verdad en el magnífico reflejo de tu perfeccion y gloria!

PROPOSICION 29.

En el conocimiento íntimo del hombre de ser una providencia derivada de la divina, está la fruicion espiritual de su sér.

DEMOSTRACION.

Quando el hombre se ve á sí mismo constituido en una providencia derivada, cuando comprende de este modo su destino sobre la tierra, es cuando verdaderamente se eleva al hermoso rango de hijo de Dios, y ve en la especie á que pertenece reunidas las leyes físicas y morales, que tienen el destino de regular en el hombre las facultades de su libertad, y que deducidas de la armonía y el amor, producen en la humanidad lo bello y lo bueno en un grado eminente y providencial sobre el planeta.

Así es como la verdad fundamental de ser el hombre el representante de la

Providencia en la tierra, es la verdad sublime é innegable, que una vez encendida en el alma, alumbrá á ésta con una inextinguible luz para guiarla entre los arcanos físicos y morales que pierden con ella la niebla oscura que los envuelve, y presentan al espíritu extasiado la maravillosa armonía que reina entre las obras de la suprema Causa.

Emancipado así el hombre de la funesta idea de su degradacion y miseria intrínsecas, se eleva, como hijo de la omnisciencia, á buscar con sublime inteligencia las obras de su omnipotente Padre, y escudriña en todas las leyes físicas y morales que le conducen á secundar, con sus gloriosos y providenciales hechos, los designios altísimos de la Providencia eterna.

Estos son verdaderamente los títulos de la investigacion humana en la armonía del universo, y éstos los que la guían en busca de la virtud y los afectos. Con el primer trabajo llegará á descubrir las leyes de lo bello; con el segundo las de lo bueno, y con ambos, hallando la verdad, se acercará, como una providencia derivada, hácia su omnipotente é infinito origen, á la Providencia esencial, ante la cual se posteará la humanidad, llevando en ofrenda los hechos asimismo providenciales que haya ejecutado, como títulos de la gloria que en premio le está reservada.

DIGRESION.

Quando se emite el principio de que las leyes que ha establecido la Providencia eterna bastan para todos los casos posibles en el mundo, sobreviene la duda de si es útil y conveniente el orar. Esta cuestion será tratada con la extension debida en la parte de esta obra que tratará sobre religion y culto; pero no puedo dejar de anticipar aquí algunas ideas sobre este punto.

Nada hay mas remarcable entre las tendencias de la humanidad, que la de adorar á Dios, y elevarle asimismo ruegos fervorosos para el remedio de los males que se sufren. Esta tendencia es tan universal y eficaz, que no se sustraen de su influencia el salvaje, el hombre desesperado, ni aun el mismo ateo. En los momentos supremos, al aspecto de los inmensos peligros, ó al luchar con las congojas de la muerte, todos elevan á Dios un ruego mudo ó verbal, como obligados por una fuerza invencible residente en ellos mismos. Es cierto que en algunos pocos se ve la dureza exterior, y aun se escucha la blasfemia en los instantes terribles de la angustia; pero siempre se puede distinguir en ellos la lucha de la conciencia, excepto en algunos casos raros en que la enagenacion mental del individuo lo manifiesta poseido de una verdadera demencia.

Así es que la oracion es una de las manifestaciones mas poderosas del intuitismo, ó como si dijésemos, del instinto salvador del espíritu. Esta sola observacion bastaria para demostrar filosóficamente la utilidad prodigiosa de la oracion; pero ella es de tal consuelo y de tanta eficacia para el hombre, que aunque la desaprobasen todos los filósofos del mundo, casi toda la humanidad seguiria orando y elevando sus ruegos á la Providencia.

Sin embargo, á la filosofía toca el hacer ver cuán lejos de la razon y del verdadero carácter de la oracion se hallan los que piden á la Providencia concesiones absurdas, pueriles ó criminales.

La oracion por escelerencia es aquella adoracion desinteresada que se convierte en la efusion humilde y fervorosa de un amor sin límites hácia el Sér supremo. Entonces resignamos á él todas nuestras necesidades y sufrimientos, y él como omnisciente, omnipotente, benevolente y misericordioso, nos envía el consuelo en la intuicion, como el bien supremo á que en la vida puede aspirar el hombre. Diré mas: la oracion, como el agente poderoso del espíritu, convierte, cuando es fervorosa, el

mal en bien y la desgracia en felicidad. La intuición es toda la filosofía del misticismo, y es toda la fuerza del filósofo; por ella Sócrates bebió tranquilo la cicuta, y los mártires han recibido los tormentos como síntomas de gloria. Santa Teresa, diciendo: "¡Dios mío, condéname con tal de que me permitas amarte eternamente!" manifestaba el grado supremo de la intuición y de la oración desinteresada. Ella comprendía ciertamente que el amor divino llevado á tal punto debía anonadar todos los tormentos.

Pero una oración sentida, fervorosa y tal vez apasionada, como lo óptimo del intuitivismo, es muy difícil para el común de las inteligencias que no saben cómo vivificar sus sentimientos por medio de los afectos sublimes. Mas si esto es cierto, lo es también que en la gran mayoría de la humanidad se reemplazan aquellas hermosas emociones del sentimiento sagrado, por medio de la resignación y de la fé. Nada hay más conciso ni más puro que el término de la oración dominical: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo;" es todo lo que el hombre puede decir de sencillo y por lo tanto de sublime.

La idea de la Providencia ha dictado siempre á los hombres fórmulas simples y justas de la oración. Juvenal, al fin de su sátira X, dice: "Pide un alma fuerte, infatigable en el trabajo, inaccesible á los vicios, dueña de las pasiones, sóbria en los deseos, y capaz de despreciar la muerte ó recibirla como un beneficio."

Cuando nosotros reflexionamos cuán imperceptible es el hombre al lado de la Infinitud divina, y que ésta no necesita en lo más mínimo para su gloria, ni de nuestras adoraciones ni de nuestras plegarias, es cuando valuamos más aproximadamente la benevolencia de ese Ser omnisciente que nos agracia con el intuitivismo. Orar con fervor es cultivar esta facultad preciosa, y el que la posee en grado eminente está cierto de poseer el supremo bien, aunque sea martirizado simultáneamente por todos los males. De aquí se deduce una fórmula precisa y sencilla: *¡Dios mío, concédeme tu intuición misericordiosa, y yo que te amo sobre todas las cosas, desco y espero amarte con todo el fervor, pureza y perfección de que es susceptible el espíritu humano, amando también dignamente á mis semejantes y aun á mis enemigos, practicando el bien y sobreponiéndome al mal, cumpliendo el destino providencial que me has señalado, apoyándome en tu amor como en el verdadero y supremo bien!*

Hé aquí una oración de la cual se pueden desprender y deducir multitud de conclusiones sublimes y eficaces, según las situaciones del individuo y del momento. Así es como el hombre se puede dirigir á la Providencia; y si lo hace con fé y fervor, debe estar seguro de un éxito feliz, aunque esté fuera de su alcance el comprenderlo.

Perdonar á los enemigos es un esfuerzo al nivel del hombre; y las más veces puesto en su conveniencia; pero amar á los enemigos solo puede esperarse del último grado de intuición divina, y es puntualmente el que debe pedirse; pero si se pide con fé, voluntad y fervor, se obtiene, en cuyo caso el mal queda desterrado infaliblemente de nosotros. ¡Qué podrían los males del efímero cuerpo contra el espíritu perfeccionado y armonizado en la virtud por la intuición divina!

La filosofía tiene grandes objetos que llenar, cumpliendo con los designios supremos del Criador; pero su destino principal, como gérmen del bien, es el de inculcar á la humanidad el amor desinteresado y providencial. Débil es mi pluma y reducidos mis conocimientos; pero tal cuales sean, desco emplear todos mis esfuerzos para demostrar á la humanidad la potencia prodigiosa de ese amor sublime, bajo cuyo influjo y poder el mal desaparecerá, y este triste y árido planeta se convertirá en un paraíso en que los hombres se glorificarán en ser los agentes de la Providencia, amándose, amando y adorando profundamente agradecidos su omnipotente origen.

*Religión
de amor
W. F.*

PROPOSICION 30.

El hombre, como un sér providencial, siente en sí mismo las más urgentes tendencias á buscar y á obsequiar la verdad.

DEMOSTRACION.

En vano se ha pretendido en todos tiempos sujetar el espíritu investigador del hombre, el cual marcha al nivel del progreso y la civilización humana. Los esfuerzos para adquirir el mayor grado de conocimientos, de reglas y de leyes, jamás han dejado de costar á la humanidad grandes sacrificios para establecerse radicalmente; mas una vez establecidos, sirven á su turno de rémora para nuevas adquisiciones científicas y morales. Pero el hombre no se detiene ante esas rémoras, porque está en su naturaleza espiritual el buscar la perfección. He aquí el principio de la filosofía.

Ni podía ser de otro modo, porque habiendo Dios determinado que el hombre sea el representante de su Providencia sobre la tierra, lo ha dotado del intuitivismo y de las tendencias evidentemente manifiestas ó innegables que le conducen á buscar la verdad y la perfección. Esas tendencias son en sí mismas la demostración de la proposición asentada.

DIGRESION.

La proposición que antecede, demostrada por la humanidad entera y la historia de todos los siglos, espero me sirva de disculpa cuando con los cortísimos elementos de saber que poseo, procuro elevarme en busca de la verdad y de la perfección; pero confiado en que cumplo con un deber moral, y en que Dios mismo se digna estimular el espíritu investigador del hombre, paso confiado á examinar las cuestiones fundamentales que alcanzo á comprender, y que procuraré explicar.

Mas para poder emprender el desarrollo de las subsecuentes proposiciones, debo ahora buscar la verdad fundamental bajo su más precisa y sencilla exposición, por lo cual presento aquí la adjunta sinópsis, para que sirva de base á nuevas investigaciones.

PROPOSICION 31.

Dios es Criador del universo.

DEMOSTRACION.

El carácter axiomático que incuestionablemente tiene la proposicion anterior, se patentiza por la confusion en que se encuentran los panteistas y los ateos para explicar el origen del mundo, y porque aun ellos, despues de glosar éste bajo formas absurdas, se ven reducidos á confesar la existencia del universo, como debida á una causa, sin advertir que esta conclusion los conduce á convenir en la necesaria existencia de un Dios criador.

Cuando de buena fé pensamos en esta elevada cuestion, preguntamos ingenuamente: ¿es posible que haya ateos? En verdad que la respuesta afirmativa no puede ser simple, porque de facto, ó no hay un verdadero ateismo, ó si éste es posible, solo debe existir en el hombre por una orgullosa y supina ignorancia ó por la demencia, ó en fin, por la vana superficialidad de la presuncion y deseo enfermizo de singularidad.

¿Podrá negar el ateo su propia existencia y la de los objetos que le rodean? No: porque la evidencia le confundiria. ¿Luego quién ha podido causar estos fenómenos? Sin duda se verá obligado á confesar que existe fuera de su sér la causa aun de su mismo sér, y entonces, si no es demente, se tendrá que humillar ante la necesaria existencia de un Dios.

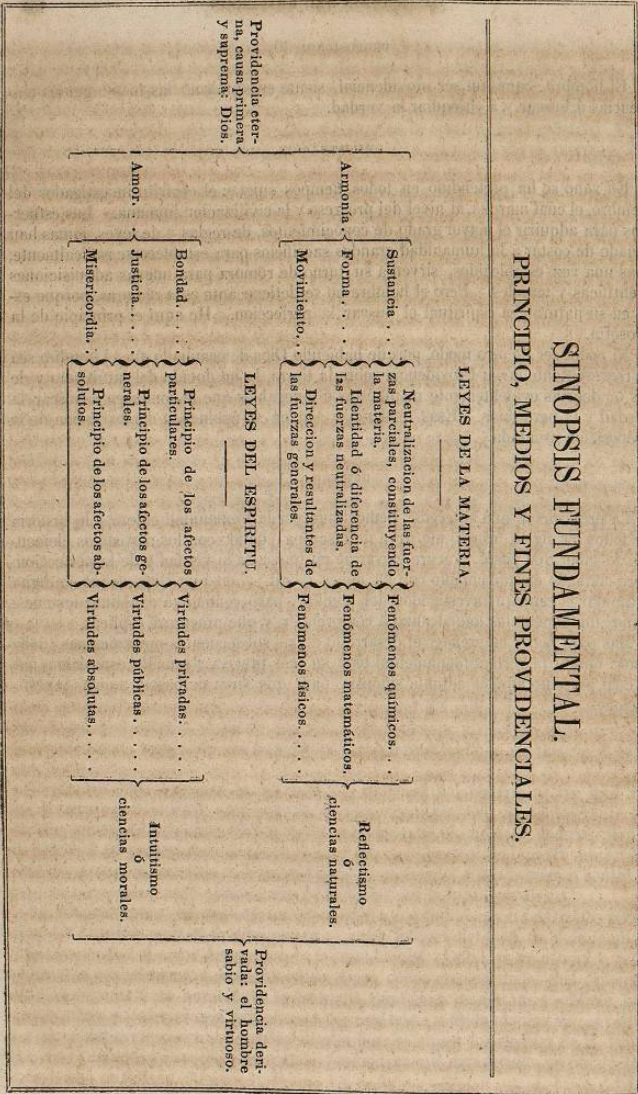
En verdad que el verdadero ateismo existe en el panteismo, porque de facto: si todo es Dios no hay Dios, así como si el todo es Criador no hay criaturas. Afortunadamente el panteismo es una teoría absurda é insostenible, y que se desvanece ante la intuicion de la humanidad, como un vapor nebuloso al soplo de una brisa cálida.

Para probar la absurdidad del panteismo, basta observarse que el universo se compone de partes, y que la materia de que constan éstas, puede asimismo subdividirse hasta un grado tal de pequeñez, que no pueden nuestros sentidos percibir ni aun cuando se arman de poderosos instrumentos: ¿cuál es la liga armoniosa de estas partes heterogéneas y cuál es el infinito en que existen? Todo el universo está sujeto á leyes fenomenales de una armonia prodigiosa, y que manifiestan del modo mas evidente que una inteligencia admirable ha organizado y regulado su estupendo conjunto. ¿Dónde está, pues, esa inteligencia? Si ella residiese en los séres compuestos, nosotros mismos deberiamos percibir la parte directiva de nuestro sér sobre las grandes masas que pueblan el espacio; y si en los átomos componentes de la materia, nosotros tambien deberiamos conocer la calidad y cantidad de inteligencia que existen en los átomos componentes de nuestro cuerpo. Pero nada de esto sucede, y por el contrario, las grandes masas que pueblan el espacio están sujetas á leyes y fuerzas de una coherencia maravillosa, pero que existen fuera de aquellas, porque es evidente en la ciencia física que la inercia es el verdadero carácter de la materia simple y elemental.

Es indispensable, por lo tanto, convenir en que la inteligencia que gobierna, y que por lo mismo ha criado el mundo, está fuera de éste, y á esa causa independiente de sus efectos es á quien llamamos Dios.

El panteismo se subdivide en multitud de doctrinas que varían entre sí, acercándose mas ó menos al dogma de la creacion. La mayor parte de las religiones antiguas, y principalmente las asiáticas, propendian al panteismo, y solo en el Génesis de Moises hay esa sublime simplicidad que erradica en lo absoluto la creacion de

SINOPSIS FUNDAMENTAL.
PRINCIPIO, MEDIOS Y FINES PROVIDENCIALES.



toda idea panteísta, cuando el legislador hebreo dice: "En el principio crió Dios los cielos y la tierra," es decir, el espacio y la materia. Pero en general las demás religiones suponían la existencia del caos, y la eternidad de la materia, y no hacían á Dios sino su organizador y regulador, y de aquí el politeísmo y las diversas modificaciones del panteísmo.

Entre los panteístas modernos hay unos espiritualistas y otros materialistas, pero casi todos convienen en suponer que la Divinidad lo es todo, que todo lo compone y todo lo modifica, que ella no ha criado el mundo de la nada, sino que va transformándose por emanación en los fenómenos del mundo mismo, y que de sér en sér y de perfección en perfección, ha llegado sobre la tierra á constituir al hombre que observa la naturaleza y tiene la conciencia de sus evoluciones. Esta idea es ciega y absurda. Cuando así se discurre se derriban por tierra todos los principios morales y todos los sentimientos peculiares del espíritu; no queda estable ninguna de las leyes y reglas de la sociedad, y solo la conveniencia de los individuos viene á ser la ley; la inmortalidad del alma desaparece del número de las creencias, y la hipocresía reemplaza á la virtud, así como la sagacidad y la astucia al mérito.

El panteísmo moderno es sin duda el verdadero ateísmo, pero esa monstruosidad afortunadamente no puede subsistir como normal en sociedad ninguna. Ella corrompe, pero no persuade; destruye, mas no edifica, y pasa en el mundo abrigada solo en las aberraciones filosóficas y en las cabezas superficiales y viciosas que necesitan arrancar de sus almas la intuición que refrena las pasiones viles.

Admirable y gloriosamente ha dispuesto Dios desde el principio, las pruebas irrefragables de su creación en las mismas especies vivientes en que, aun con la mayor analogía en su estructura mútua, no pueden sin embargo propagarse sus híbridas, y con esto se confunde á los que creen en un desarrollo lento y gradual de unas especies en otras. Y ¿cómo podríamos explicar la existencia de los primeros seres masculinos y femeninos de las diversas especies, sin admitir una creación que en nada debió parecerse á las reproducciones posteriores? Pero aun cuando supusiésemos absurda y arbitrariamente que todos los animales tan variados y disímolos, solo han sido lentas mejoras y transformaciones de un molusco, ¿se disminuiría la dificultad? No: porque además de subsistir en pie la imposibilidad de explicarse la formación espontánea del primer molusco, aumentaríamos horrorosamente las hipótesis absurdas y arbitrarias para explicar las evoluciones biológicas de sér en sér viviente con relación á sus variedades, cuando sus caracteres constitutivos y la experiencia sobre las híbridas, se oponen á semejantes explicaciones.

La Divinidad, para su gloria, no ha querido dejar ni el mas leve motivo de duda al verdadero sabio y filósofo acerca de la creación; así es que ni aun siquiera la materia orgánica puede conseguirse, no solo como producción espontánea de los elementos químicos y regularizados, mas ni puede obtenerse aquella por el hombre á pesar de todos los esfuerzos de la química y demás ciencias modernas; así es que, el mas pequeño y simple animal y el vegetal mas sencillo, son testimonios vivientes de la creación, y aun la misma materia orgánica, con su admirable aunque simple modo de reproducirse, confunde al incrédulo que niega la Causa prodigiosa, omnisciente y omnipotente de la creación.

El espíritu del hombre con la conciencia de su propio sér, suministra una prueba de la creación, bajo una forma silogística que puede variarse de mil maneras; por ejemplo: Yo pienso en mi propia existencia y en la del universo, pero ni yo causo la existencia del universo, ni éste causa activamente la de mi conciencia ó pensamiento; luego hay una Causa de ambas existencias, distinta del universo y de mi pensamiento; luego hay un Criador á quien ambos nos debemos.

Este silogismo que se debe á la disyunción de todas las partes componentes del

universo, reposa sobre las leyes de coherencia entre estas diversas partes, las que así forman un conjunto armonioso aunque compuesto de seres heterogéneos, que no pueden causarse mutuamente, ni tampoco ser causales del conjunto; porque éste, como sus partes, son efectos y no causas, por lo que he dicho que el silogismo se puede variar al infinito, y siempre dar por resultado la existencia de un Criador del universo, de sus detalles y de sus leyes.

Pero si bien el dogma de la creación está generalmente admitido, y se siente intuitivamente su evidencia, queda á la razón aún por verificar el grande trabajo de encontrar las leyes por las cuales se realizó la creación misma, esas sublimes leyes que emanadas del Criador han constituido hechos identificados con los fenómenos que producen.

Para creer en la creación religiosamente basta la fé; pero para creer en ella filosóficamente, es necesaria no solo la argumentación metafísica, sino también la demostración física. Esta última se había creído hasta hoy casi imposible, y sin embargo yo me atrevo á emprenderla, á pesar de la grande dificultad que no se me oculta debo encontrar en esta empresa. Para lanzarme á ella me sobreviene el justo temor de mi insuficiencia, al lado de la elevación suprema del objeto á que me dedico; pero un sentimiento ageno enteramente de vanidad, me conduce á consagrar mis débiles fuerzas á este objeto grandioso.

PROPOSICION 32.

Antes del principio del universo, solo ha existido Dios.

DEMOSTRACION.

Dios, como Causa suprema é infinita del universo, necesariamente fué anterior á éste; pero como la diferencia entre lo infinito y lo finito es también infinita, la anterioridad entre la existencia de Dios y la del mundo es eterna; y así solo se puede aplicar la frase principio al de la creación, porque Dios no puede tener principio ni fin.

DIGRESION.

Muchos filósofos han opinado que el mundo es eterno, fundándose en que Dios como perfecto no pudo querer una vez lo que no había querido antes y siempre, por lo que concluyeron que pues Dios poseyó desde la eternidad su perfección y sus facultades criadoras, debió ejercerlas coetáneamente con su existencia, es decir, desde la eternidad misma, y por lo tanto, que el universo es eterno así como su Criador. En esta doctrina ha pasado desapercibido el absurdo de hacer influente el tiempo con respecto á Dios; pues como tengo demostrado, las ideas de espacio y de tiempo no son aplicables á Dios que no está sujeto ni á la extensión ni á la duración, y que por el contrario el espacio y el tiempo son fenomenales, y por lo mismo criados por Dios para la necesaria existencia de relación entre las formas y sucesión de los fenómenos de la creación.

El absurdo que combató es una de tantas formas del panteísmo: lo primero, porque destruye la idea de la libertad de Dios y hace necesarios sus hechos y creaciones, y por consecuencia, queriendo fundarse dichos filósofos en la perfección de Dios, le niegan una de las cualidades, de la perfección, que es la libertad absoluta. Lo segundo, es aquella doctrina panteísta, porque si el universo fuese coetáneo con Dios, y por consecuencia eterno, Dios no habría determinado ni decidido su forma-